

manece en el dintel de la puerta, sonriente, afable, cariñoso, jovial.

¡Oh los grandes hombres públicos, qué sencillos y buenos son en la intimidad!

Salimos. Un sol blando, dulzón, cae sobre Carrietera. ¡Qué hermosas son las mañanas otoñales con soll

Juan Miseria.

*Siempre fué de fatales resultados, el sembrar odios.*

*Los que más chillan, son los que menos laboran.*

*Dime de qué vives y te diré si eres honrado.*

*Para defender tus ideales, no hace falta personalizar.*

## Dios, las Artes, las Ciencias y la Guerra.

Virgen santa de Belem  
Limpia de malos la tierra.  
Y libranos de la guerra  
Por siempre jamás...

Guerra á la Guerra.—CAMPOAMOR.

Fué Tubino? Fué D. Pedro de Madrazo? Acaso D. Eugenio de la Cámara? Difícil me será precisar el nombre del ilustre español que dijo: *Las Bellas Artes son hijas predilectas de la Paz*, expresando el común sentir de aquellos hombres que tanto impulso dieron á la cultura patria. Como el sentimiento era general, poco importa fijar la paternidad de esta frase que logró extraer del *maremagnum* de pensamientos viejos que bullen en mi cabeza.

Se quejaban entonces de las guerras, de las exaltaciones políticas que destruían ó reducían á informes escombros preciosos documentos del Arte y era de esperar que sus predicaciones ofrecieran ya sazonados frutos en el transcurso de tantos años.

Por desgracia, aún—avanzando el siglo XX—estamos como al mediar la décimona centuria. Diganlo si no las bellas estatuas que exornaban la suntuosa fábrica que levantaron en el siglo XIII Jean d'Orbain y Goucher de Reims, hermanas de los ángeles manebos que aún podemos admirar en el triforio y en el taller de cantería de la Catedral de Cuenca. Portentosa semejanza encontraríamos entre uno de éstos y el diácono que figura en el bautismo del rey Clovis, sosteniendo un libro con recios chachones, si se ha librado de los continuados bombardeos.

¿Pero qué es una obra de Arte ante la realización de un *objetivo táctico ó estratégico* para los que guían á esos tropes humanos que se despedazan sin misericordia? Y sin embargo, justo es consignar el dato muchas veces apuntado en las *Memorias del Conde de Moltke*—tanto para alabar la destreza de sus artilleros, como para expresar su amor á las Artes—del exquisito cuidado que ponían sus soldados en la puntería para no causar daños en las Catedrales francesas.

Es la más autorizada condenación de los bombardeos de Reims y de los intrépidos vuelos de los *taubes* sobre Nuestra Señora de París. Vano es el afán de las hojas del *Bureau des deutschen Handelstages*—que tengo delante—para justificar los irremediables estragos causados en Lovaina, Reims y Arras por las tropas germanas; es absurdo comparar estos hechos con el incendio de las dehesas boers por las tropas de Lord Roberts. Los bosques se repueblan y rehacen; los viejos monumentos desaparecen para siempre. Por eso dice Salaberri en un periódico poco sospechoso de *galofilia*:

«El aspecto actual de Reims es la más rotunda, la más definitiva condenación de la guerra. Kropotkine no ha escrito una página semejante... ¿Qué diría si tratara la influencia de la guerra entre países adelantados en los demás órdenes de la cultura? Nadie es capaz de apreciar el daño causado á la Humanidad con la muerte prematura de un profesor ó un estudiante—fundada esperanza de las Ciencias—sustraído al laboratorio para llevarlo al campo de batalla. El invento práctico ó la investigación puramente especulativa que se retrasan, son valores incalculables que se pierden, y es imbécil subordinar esos intereses á la ambición vana y arcaica de un hombre ó á la obsesión de un pueblo influido con exceso por la leyenda de Barbarroja.

No hace muchos días que el cronista, atento como un doctrino, escuchaba á los próceres de la Ciencia española, que fueron us maestros, sentados junto á él.

Comentaban los documentos de los universitarios alemanes en defensa de la campaña militar de sus compatriotas. Trataron también de las conferencias del célebre Oswald y de las opiniones de los hombres de ciencia de otros países y como resumen, se condenaron los pareceres de los científicos no alemanes en esta frase lapidaria:

«O esos sabios se han vuelto imbéciles ó creen imbéciles á todos los demás» y nunca pudo tener mejor aplicación nuestro dicho, *peor es meneallo* que hablando de Arras, Reims y Lovaina.

Aun nos falta otro punto que tratar, el más escabroso—le llegó su turno con motivo del dilema apuntado más arriba...—Aunque parezca mentira, en un pueblo tan castigado por las guerras como el español, hay gentes—dignas de ser historiadas por Iglesias Hermita—que leen con fruición los relatos de la guerra; como las aves siniestras que acuden al olor de la carnaza, se deleitan mirando esos cuadros de horror, cual si de la Muerte dependiera también su yantar... Ponderan con grandes extremos las terribles máquinas de batir, y crece su admiración en la medida de la matanza, pero sobre todo, sube de punto su entusiasmo cuando va mezclada alguna invocación á *Dios de los Ejércitos y de las Batallas*, muy propia para paganos de la antigüedad y labios musulmanes, no para cristianos avanzados en el progreso mundial.

Lejos de participar yo de esos entusiasmos, cada vez que leo una arenga de esas—que á diario pronuncian el Czar ó el Kaiser—me acuerdo de una composición—*Jesús de Nazareth*—de mi hermano Emilio Sánchez Vera, que dice así:

El dulce nombre de Jesús, que evoca en toda alma piadosa una esperanza, hay quien lo niega con soberbia loca; quien, blasfemo, contra él injurias lanza y quien, malvado ó hipócrita, lo evoca como grito de guerra y de venganza.

mas como muchos cuencenses—por lo mismo que son de casa—negaran el valor á nuestras apreciaciones, los brindo otra composición leída muy recientemente por el inspiradísimo poeta Cavestony ante la selecta «Unión de Damas» de Madrid.

Piensen que el Hacedor les presta oídos porque á Él vuelven los ojos angustiados al sonar del cañón los estampidos; y al mirarlos de sangre salpicados Dios dice á vencedores y á vencidos:

«Me juzgáis vuestro cómplice, malvados?»

Siga cada cual, á pesar de estas advertencias, con sus ideales y convicciones; por mi parte estoy muy contento de pertenecer á esa clase que Taine definió con estos caracteres:

«No queremos ser ni héroes, ni a-cetas, ni oprimidos, ni embrutecidos. Nos sentimos humanos y oultos, un poco epicúreos y un poco *dilettanti*. Miramos como objeto supremo los esfuerzos y los progresos humanos».

Lo ideal sería vivir un estado como Florencia en el siglo XV bajo los Médicis; culta, pacífica, tolerante, rica, artística...

Por desdicha para la Humanidad, ha tiempo que se escucha el graznido de las aves negras que velaban el sueño de Barbarroja en las ruinas de Kftaeuser, anunciando que cesó el encantamiento; y pues seguimos hablando como antaño del pueblo hebreo y de la Batalla de Clavijo, lógico es admitir que Federico de Stauffen, vuelto á la vida por permisión divina, guía al pueblo germano—el elegido del Señor—al dominio del Mundo.

No dudo que eso pueda y deba ser así, pues no me oído de esas filosofías; pero ¿acaso era incompatible esa misión, reservada antes á los judíos y ahora á los protestantes, con los monumentos de Lovaina, Reims y Arras?

J. Giménez de Aguilar,

Académico corresponsal de Bellas Artes.

¿Me pide usted un pensamiento? ¡Un pensamiento! Siempre será una flor arrancada del árbol de la inteligencia. Provocará una herida que sangrará sangre bendita, el que supone trabajo y éste dignificará al hombre.

José Ballesteros.

## ¡MÚSICA! ¡MÚSICA!

En medio de las tantas calamidades que nos amenazan, como el cólera allende las fronteras y el tifus para andar por casa, deseáramos, D. Maximiliano, que la Banda provincial nos diese unas pequeñas *tocatas* los domingos de sol, de doce á una. Vamos, una *petit* músico-matinal. ¿No le parece á usted, señor Cañada, que esos paseos *vermutizantes*, son altamente higiénicos? Y si no pudiese ser en los jardines de la Diputación, por ser *reumáticos*, sitio hay frente á la casa del Sr. Viejobueno; pues creemos que el peón caminero de esa sección, no nos iba á enviar con la música á otra parte.

¿Estamos, simpatiquísimo señor Cañada? ¿Quiere usted que se lo pidamos por sus nietos?

## MAÑANA SALE....

Para el invariable amigo  
Hdefonso Velasco de Toledo.

Talento, laboriosidad, coraje. He aquí el triduo de fuerzas aunadas, bajo cuyos auspicios EL DÍA DE CUENCA puede no ser un papelucho más.

Yo, que siento por todas las empresas de resurgimientos literarios y periodísticos un entusiasmo de fanático y de creyente, iba á permanecer en quietud é indiferentismo ante este energético y viril empuje de un amigo y compañero en letras, á quien admiro por el temple de su alma castellana, alma que se desgarrá magnificente y pródiga, á cada momento, en girones de prosa viril y en torrentes de poesía mocera?

En mi oscura vida de periodista provincial no he llegado, sin ayuda de nadie, á fundar dos periódicos. ¡Fundar, sostener un periódico! Cosas habrá difíciles en esta tierra parda, de amodorrados é indiferentes, pero como esa ¡ninguna! Que ya dijo, acertadamente, el gran poeta y noble amigo Hernández Luquero «era empresa ardua y loca lanzar en esta tierra de marasmo, de sopor, de muerte, la audacia agudísima de un periódico»

Y he aquí porqué, amigo Velasco de Toledo, al saber tu iniciativa tuve un momento de compasión para ti. Porque tu alma fusionaria verás faros salvadores en las luciérnagas de los caminos; porque tu espíritu romántico llorará, con desconsolación infantil, el despeggo de los unos, el indiferentismo de los otros, las ruindades de los más. Y esto matará aquello.

\*\*

¡Mañana sale! El júbilo te saldrá á borbotones por la boca cuando digas á las personas que te alientan y rodean: ¡mañana sale! Y sentirás en tu pecho la emoción de una gloria que á tí te sabrá á grandiosa y real ¡Ojalá así fuera! Pero durará lo que tu hijo del alma, ese papel impreso donde estamparás el latir de tu vida. No sería así, si en esta tierra parda y olvidada, sedienta de aires vitales y renovadores, los espíritus indiferentes y amodorrados despertasen á tu voz de Quijote. ¡Eso ya sería coser y cantar!

\*\*

Mira, no hagas caso de esto que te voy diciendo, que son palabras de un pesimista, de un desengañado. Tú tienes talento, tú tienes laboriosidad, tú tienes coraje y constancia... Por eso saldrá EL DÍA DE CUENCA envuelto en una aureola de esperanzas. Y su nombre vital, su nombre como el eco de un clarín de batalla, atronará el ambiente en los viejos lugares castellanos y manchegos y esparcerá la semilla de la cultura sobre la bien oliente gleba de la llanura interminable.

Y los que te sigamos en tu cruzada de las letras, los hermanos poetas, te ayudaremos con el modesto óbolo de nuestras coplas bohemias que á nadie interesan y nadie lee. Porque nosotros, ¡pobres de nosotros! no podemos ofendarte una peseta. ¡Y pesetas son las que EL DÍA DE CUENCA necesita para poder vivir! Y lo que necesitamos también nosotros. ¡Palabra!

FERNANDO G. RUIZ.

11 de Noviembre.

## SENTIMENTALISMOS

H Isabel y Rosario H

Cuando me senté en un rústico banco de piedra á contemplar el serpenteo de las aguas que entre dos cerros caminan lentamente para depositarse luego en la inmensidad del Mediterráneo, estaba todavía tristemente impresionado al observar las huellas terribles, demolederas, de esa enfermedad, la tuberculosis, que reposada, pero trágica, va marcando en quien es atacado por ella.

Poco á poco, á medida que mi pluma va trazando estas líneas, la tristeza desaparece para dejar paso á la alegría innata en un alma joven, ansiosa de amar, ansiosa de cariño, de ese cariño puro que se troca en idolatría, hacia el bien amado, cuando es grande, verdadero, profundo.

Mi imaginación, extraviada por el ancho horizonte que ante mi vista se destaca, fija la atención en dos mujeres que con paso mesurado, caminan bordeando el río.

La una alegre, con esa alegría un tanto bulliciosa de la juventud sana, robusta; con esa pueril alegría que se traduce en un impulso físico de correr y de brincar. En sus ojos, cuya mirada parodia al magnífico surtidor, que partiendo del suelo, elevase blanco y luminoso hacia los cielos, para tornar á caer sobre la tierra estéril, retrátanse sus nervios inquietos y juguetones.

Su esbelta talle y airoso cuerpo, dan lugar á un naciente amor en quien la mire.

La otra, con los ojos en el suelo, unos ojos grandes y rasgados y su tez cobiza, denotan una languidez y una melancolía, propias de quien tiene todo su pensamiento abstraído del mundo y no piensa más que en la soledad, en la oración.

Con el hablar ligero y voceador de la una, dan ganas de decirle ¡te amo! Con la tranquilidad y reposada de la otra, inconsciente se dirige uno hacia ella y la dice ¿Sor Marcela?

Soliviac

*La violencia en la palestra de ideales, es la negación de la verdad.*

*Juzguen de nuestras respectivas conductas unos y otros, den á cada cual su merecido y pongan á cada uno en el lugar que le corresponde.*

## MI PARECER

Aunque la opinión de la mayoría de los estudiantes, (de Institutos y del año, preparatorios de las facultades) son contrarios al decreto dado por el Sr. Bergamín, estableciendo el examen de ingreso á la facultad y distribuyendo las asignaturas en grupos, creo es una prueba de interés, dada por el Sr. Ministro de Instrucción Pública á favor de aquellos, pues entre las muchas ventajas que trae, figuran: la de que con él, se evitaría que los malos estudiantes pasaran á cursar los conocimientos superiores de la facultad, que una vez terminados, pueden constituir y de hecho constituyen un perjuicio para los demás, en oposiciones, ocupaciones de cargos públicos, etc., valiéndose de recomendaciones ú otras formas de conquistar voluntades; un peligro para la humanidad, tratándose de médicos, farmacéuticos; un desprestigio para la rama á que se han dedicado y que hace extensivo á los demás por el mal concepto que de ellos se forma, creyendo que todos han de ser iguales, y por fin, todas aquellas malas consecuencias que traen consigo el desconocimiento de las cosas en las distintas profesiones á que cada cual se dedica; la enmienda de los desaplicados, ó su separación completa de los estudios, pudiendo dedicarse á otros trabajos en los que reportaran más beneficios y les rindiesen más capital que si hubieran seguido estudiando; así es que en vez de ser contrarios (sobre todo los estudiantes) tenían que estar agradecidísimos por tal reforma, como también las demás clases sociales.

Respecto del agravio que se supone inferir á los señores Catedráticos de instituto, al ser los alumnos examinados de nuevo cuando ya